

Miracle Mile, Steve De Jarnatt, 1988

Al titular una película con el nombre de un lugar es imposible no pensar en la pretensión de capturar una atmósfera, una esencia, un aire particular que se desprende del sitio referido y que es insustituible, por lo que demanda una fidelidad absoluta al cineasta que desea incorporar a su obra lo allí encontrado: la película sería imposible en otro lado. Y de entre todos los lugares que inspiran un aire particular, ninguno tan cinematográfico como Los Ángeles. Que la gran industria del cine estadounidense se haya consolidado en lo que era una cuenca desértica atrapada entre las montañas y el océano, alejada lo más posible de los grandes centros urbanos de la costa este, obligó a la fábrica de sueños a crecer en una ciudad cuya arquitectura proviene del pasado reciente y cuyo sentido de la historia es breve, casi nulo. Los Ángeles es una ciudad moderna que parece suspendida en un presente mutable por los cambios de la moda pero constante en su contemporaneidad: las grandes avenidas de concreto llenas de autos, las tiendas iluminadas por letreros incandescentes, los rascacielos que despuntan en un cielo sin nubes, bañados por el sol intenso, el lujo y la riqueza siempre nuevos, y los apartamentos uniformes, como recién edificadas. Todos estos elementos constituyen un escenario suspendido en un presente extraño. Sin pasado, Los Ángeles es una ciudad cuyo futuro también se difumina entre los colores anaranjados y púrpuras de sus atardeceres cinematográficos. Las posibilidades son infinitas. La ciudad convierte lo real en una máscara, en una apariencia que hay que rasgar sólo un poco para romperla y revelar la materia delirante de los sueños y del deseo sin brida que se oculta detrás. Basta enlistar rápidamente todas esas películas nombradas como un lugar de Los Ángeles que son un descenso hacia el delirio y sus fuentes oscuras: *Sunset Boulevard* (Billy Wilder, 1950), *Mulholland Drive* (David Lynch, 2001), *Under the Silver Lake* (David Robert Mitchell, 2018), *Chinatown* (Roman Polanski, 1974)... y esas otras que no lo indican en el nombre pero que invariablemente insisten en que Los Ángeles es la ciudad donde la realidad lentamente se disuelve en fantasías alucinatorias: *Repo Man* (Alex Cox, 1984), *Barton Fink* (Joel Coen y Ethan Coen, 1991), *Inherent Vice* (Paul Thomas Anderson, 2014), *Body Double* (Brian De Palma, 1984), *The Player* (Robert Altman, 1992)... En Los Ángeles, el presente está a la deriva y sucumbe lentamente a lo improbable y a las ilusiones, que se desbordan y se apoderan de la vida.

Miracle Mile pertenece a ese linaje a la vez que espiritualmente es una de las películas más y menos hollywoodenses que uno pueda imaginar. Paradoja admisible en una ciudad donde lo extraño es la norma y porque además si hay un lugar donde las contradicciones no son razón suficiente para no hacer una película es Los Ángeles. Hay, por supuesto, decenas de coincidencias improbables e inverosímiles que sostienen la trama. El tiempo interior del filme se maneja a conveniencia. La anécdota es perfectamente simple y estereotipada: un hombre y una mujer se encuentran casualmente, se enamoran y se enfrentan a policías y pandilleros en medio del fin del mundo para finalmente huir abrazados en un helicóptero con una explosión detrás. Pero toda esta grandilocuencia se sostiene en un acto muy pequeño y muy frágil: creer en lo que dicen los demás, por más improbable que sea. Cuando el protagonista escucha a la voz desconocida decir al otro lado del teléfono que el mundo se va a acabar y que sólo tiene una hora para salvar a la mujer que ama, se convence. Cuando finalmente la encuentra y suben al edificio donde el piloto les dijo que los recogería, ahí llega. El gran desencanto amoroso sucede cuando el protagonista no puede cumplir su palabra.

En un mundo donde todo está a punto de colapsar y donde a cada escena parece que peor suerte no pudieron tener los personajes, los mantiene unidos confiar en que estarán donde prometieron que iban a estar. Sólo creer en las palabras del otro sostiene su pasajera cercanía. Si los grandes desastres hollywoodenses son decididamente exagerados para que cuando sus protagonistas los superen apreciemos a éstos como más grandes que la vida, en *Miracle Mile* luce más bien su impotencia, la facilidad con la que se extravían y los pocos recursos que tienen a la mano en una situación desesperada —llamativa en este sentido es la escena en la que confían su salvación a la posibilidad de encontrar un piloto de helicóptero preguntando por la calle a las tres de la mañana—. La fortuna, por supuesto, no los abandona por completo. Pero su condición es decididamente desafortunada y poco brillante. Su principal encanto es que se aman, y se aman de un modo muy inocente, sin cinismo, sin peligro y sin resentimientos. Y ese amor es tan frágil y auténtico como grande y descabellada es la situación en la que se encuentra. De ese contraste proviene el atractivo de la película.

En cualquier película hollywoodense sobre enamorados en medio del fin del mundo debería ser suficiente su afecto para concederles la salvación. ¿No es justamente esa lógica optimista lo que justifica el sentimentalismo romántico de ciertas películas? Tal vez no podemos creer que basta el amor para escapar de la muerte, pero podemos creer que así queremos que sea y mirar cual cómplices las películas que lo afirman como si fuera una verdad de la naturaleza. «Suspensión de la incredulidad», le dicen. Pero lo natural es más extraño: los amantes que, no siendo más grandes que la vida, la viven como pueden y persisten sólo hasta donde ella lo permite, sienten miedo ante el vacío final y encuentran en el más absoluto desamparo y soledad que lo más digno y quizá la imagen más perfecta del amor es cuando dos personas deciden aceptar la muerte juntas porque saben que su amor les permite creer que persistirán de alguna manera. «Como diamantes», dice el protagonista: como una señal de que, aunque no lograron escapar al fin del mundo, pudieron encontrar un camino que los llevó el uno al otro. Es exactamente lo opuesto a la suspensión de la incredulidad: *Miracle Mile* nos pide que creamos en lo imposible y en lo improbable, en ello se cifran las oportunidades de salvación y de que los amantes se reúnan. Sin el valor de esas palabras dichas al vuelo, de esas rápidas promesas de encuentro y compañía, no quedaría nada en medio del torbellino caótico de la existencia, que insiste en separar a los personajes con mil inconvenientes. He ahí la verdadera desmesura y la verdadera rareza de esta película: reconoce que la creencia de que el amor vence a la muerte es absurda, pero también que es necesaria porque lo único que hay cuando uno se acerca a la oscuridad de la noche eterna es la ilusión de que de alguna manera el amor vivirá más allá de la muerte. Esa fe es irracional y casi mística, pero la fe irracional también es el supuesto de cualquier promesa, es la condición necesaria que aceptamos cuando decidimos creer en el otro en un mundo que demuestra sin descanso que puede separar en un instante lo que nuestro deseo se esfuerza tanto en conservar. Quizá sólo en una ciudad tan endemoniadamente fantasmal e imaginativa como Los Ángeles era posible situar convincentemente una película sobre el milagro que es creer en las palabras, las promesas y el afecto de los demás cuando el mundo alrededor se consume en una sucesión ininterrumpida de desastres. Ése es, quizá, el verdadero optimismo hollywoodense.

Abraham Villa Figueroa
25 de julio de 2023
Ciudad de México